

«Vista, nosotros debemos a nuestra vez, exclamar: «¡Cuánta ingratitude! Pero ¿por parte de quién? Por parte de los que han renegado de la gloriosa hazaña civil; por parte de los que han perseguido a los que sirvieron de gloriosa hazaña civil; por parte de los que han renunciado a la libertad y a los liberales, elevando a los más altos destinos a los consejeros áulicos de la corte de España; por parte de los que preconizaron las de Oñate; por parte de los que hicieron estériles los sacrificios en sangre y oro del pueblo español en la defensa de las libras instituciones, vilmente azotadas por los hombres que excedían en amor a la reacción a los satélites del despotismo.»

«Si, sí. ¡Cuánta ingratitude! repetimos nosotros. ¿Qué se quería una adhesión repetitiva, sistemática, hacia obligaciones personales? Tal vez, porque esos políticos de aquellos se imaginan que las doctrinas no valen si no se agitan nada. Ellos, aspiran para serlo todo, para calarse el gorro frigio ó apelar á traiciones como las de la Rípitá, á que crean abierta una puerta á sus ambiciones.»

«Nosotros, á diferencia suya, no tenemos personas; tenemos ideas, y los que mejor las representan, los que hacen por ellas heroicos esfuerzos y ostensibles sacrificios, esos alcanzan el entusiasmo y el respeto de nuestros corazones.»

«Se quiere proclamar el derecho divino en nombre de la misma Reina que ha triunfado contra ese movimiento cimiento del absolutismo? Esa es una coquetería, un sueno lujurioso.»

«La voluntad nacional ha triunfado más de una vez, para que deje de arduar en adelante. Aparentar que se cree otra cosa, es predecir la bonanza á la vista de la negra nube que avanza trayendo en su seno el rayo devastador.»

«El *Contemporáneo* indica el pensamiento del gabinete sobre la libertad de que goza la prensa: «Con verdadero aplauso de la opinión pública, dice, se ha visto que los periódicos podían comentar á su placer todos los actos de los consejeros de la Corona, censurándolos ó inventándolos cuando no existían; las personalidades de los ministros se han puesto á discusión, y han sido objeto de los más sanos ataques; hasta la misma prensa gubernamental ha dado inusitado ejemplo de moderación al contestar á los virulentos ataques de sus colegas; hace, en fin, cerca de dos meses que el lápiz del fiscal permanece sobre su mesa completamente ocioso con el beneficio de todos los que ven en nuestra institución la más eficaz garantía de los derechos del ciudadano, el más enérgico correctivo de los abusos ó de las demasías del poder.»

«Peró si el deber de todo gobierno que, como el actual, se halla animado de los más sinceros propósitos, es respetar todas las manifestaciones legítimas de la opinión pública, y el derecho además de observar una prudente tolerancia en todo lo que á sus actos ó á sus personas se refiere, tiene también la sana obligación de no permitir nada que tienda á destruir las bases fundamentales del orden social, porque esto se halla por encima de lo que pudiéramos llamar su propia jurisdicción.»

«La España contesta en los siguientes términos á *La Iberia*, por haber este periódico reprobado que el duque de Valencia diese una comida á sus compañeros de gabinete: «No detrás de esta verdadera orgía revolucionaria que duró 24 meses, sino en medio de ella, vinieron las operaciones financieras á concierros tapados, la escandalosa inmoralidad, sin ejemplo en la historia de ningún partido, del *abono de los once años* con que los progresistas gravaron á la nación, disponiendo á su favor del Tesoro público como si metieran la mano en su propio bolsillo.»

«Así se expresa el órgano de un partido que se apresuraba á invadir en masa el régio alcázar siempre que el anuncio de una comida ó de una fiesta llegaba á sus oídos.»

«No hay para qué decir que los progresistas no se reúnen nunca si no se les llama con el alívico de alguna comida ó de algún almuerzo, porque el brindis es la forma más propia de su elocuencia y de sus doctrinas. Diganlo Caño Gordo y los Campos Eliseos, donde con una copa en la mano se propone el progresismo asombrar al mundo y trasformar la tierra.»

«Esto es así cuando los festines revolucionarios tienen cierta apariencia pacífica; porque cuando la comilona se celebra en medio del motín, y sirven de mesa las barricadas, entonces el fondista ó el tendero de comestibles de las inmediaciones tiene que resignarse á esperar que pase el tumulto para presentar la cuenta de lo comido y de lo bebido al gobierno.»

«Esto es lo que por de pronto tenemos que observar á *La Iberia*, para que no se escandalice porque el presidente del Consejo de ministros de una comida, á la que hubieran asistido con mucho gusto y con buen apetito los progresistas, si en vez de llamarse Narváez el presidente del Consejo de ministros se llamara Espartaco.»

«Los progresistas, que para como ó almorzar revolucionariamente en los Campos Eliseos ó en Caño Gordo se irritaban de tener que pedir permiso á la autoridad, no quieren por lo visto que ni el jefe del gobierno coma en su casa con las personas que tenga por conveniente convidar, si no lo hace con permiso de los progresistas. ¿No es esto?»

«La Nación da, con razon, gran importancia al manifiesto progresista y á la carta del duque de la Victoria: «Que no podía menos de tenerla, dice, el manifiesto del comité y de absorber la atención general, haciendo palidecer todos los otros asuntos que se hallaran sobre el tapete político al tiempo de su publicación, es incuestionable. Un gran partido que adopta nuevamente la grave actitud de retraimiento, y que dirige su palabra á la nación entera para justificar cumplidamente, como lo ha hecho, su conducta, verifica un acto de la más trascendental importancia política. Acerca de eso, ó no puede haber linaje alguno de duda.»

«Peró este documento no ha aparecido sólo: con él se ha visto la luz pública otro de cuya no menor trascendencia vamos á ocuparnos, puesto que algo hemos dicho ayer y mucho hemos de tener todavía ocasión de decir acerca del tan bien meditado como perfectamente escrito manifiesto, en

exhalando un suspiro, se fué despojando de todas las alhajas y adornos con que la habían engalanado la buena molinera y su hija, se quitó el jubón de seda y la saya de merino, y volvió á ponerse el tosco vestido negro de estameña con que la sacó del río el joven molinero y que apenas había tenido tiempo de secarse; todo lo colocó sobre un sofá que había en la habitación, reservándose únicamente una cinta azul como recuerdo de la alegría de que su alma se despojaba para siempre en aquel momento.»

«Temiendo que la flaqueza del ánimo, no se atrevió á echar á salir una última mirada á Catalina que seguía durmiendo profundamente en la alcoba, y bajó la escalera de puntillas y con la mayor precaución para no hacer el más ligero ruido.»

«Cuando llegó á la puerta del cuarto en que dormían el buen papá Leblanc y su escelente esposa, y oyó los prolongados ronquidos que daba el primero y que suenan ser un síntoma infalible del sueño de un hombre de bien, Magdalena se paró: la puerta estaba entreabierta, y la pobre joven estuvo titubeando si entraría á echar por última vez una mirada sobre la buena molinera que tantas pruebas de cariño la había dado. La tentación era grande; pero el temor de despertar á los durmientes, y de sucumbir á su emoción, la hizo renunciar á este último consuelo. Contentóse con arrodillarse en el umbral de la puerta y con estampar un beso en la pared que la separaba de sus padres adoptivos.»

«Levantándose en seguida, continuó bajando la escalera y abrió con mucho cuidado la puerta que daba al jardín y que sólo estaba cerrada con un pestillo, evitando de este modo llamar la atención del fiel mastin que guardaba el patio y que hubiera alarmado á la gente con sus ladridos. Magdalena siguió la calle de árboles, en la que se había estado

que el comité recientemente elegido ha dado á conocer al país las nobles y legítimas aspiraciones de la totalidad del partido progresista. La carta del duque de la Victoria tiene una importancia suma, no sólo porque cuando un hombre público, que ha prestado á su patria inmensos servicios, y que ocupa la posición del general Espartero, se dirige al país para hacerle conocer con toda extensión su pensamiento y para presagiar lo porvenir con la seguridad y el fundamento que proporciona una larga experiencia política, no pueden menos de prestar toda atención suma á sus palabras, sino también porque los seides de la reacción, lo mismo los que desembozadamente abogan por ella, que los que traicionadamente tratan de introducirse en el campo liberal para sembrar el descontento y la vacilación en nuestras huestes, han tratado de torcer la opinión respecto á las ideas y al juicio que de la marcha de los acontecimientos formaba el duque de la Victoria.»

«La Democracia defiende la independencia del profesor en la cátedra. Véase una de sus razones: «No, mil veces no; el Estado no da la ciencia, el Estado no enseña, porque no posee el criterio de la verdad. Ni en su propio nombre, ni en el de instituciones determinadas que él haya podido crear puede con derecho decir á la ciencia, exigir del profesor, que defienda estos ó aquellos intereses; que abale tal ó cual organización social. Son semejantes condiciones son para la profeta humillantes; para el magisterio que para la verdad crea, para el concejor del espíritu. No digais á un artista que represente como bella y grande la tiranía. No digais al sabio que haga ciencia del error que acompaña siempre á la limitación humana, encerrándose en la enseñanza y justificación de las imperfecciones existentes para ofrecerlas como ideal. Artistas oficiales, sabios oficiales nunca podrían hacer amable la tiranía, ni aceptable el error. Artistas oficiales, oficiales doctores no aumentarían ni un ápice la belleza de su creación, la verdad de su doctrina. La aprobación del Estado no da ni quita precio á las producciones del espíritu. Lejos, pues, de la institución científica su esteril ó daños influencia.»

«La sociedad de hoy es el universo antes de la creación; figuradlo á este en el caos y en la anarquía de sus elementos materiales, y formáreis idea de la actual disposición de los elementos sociales. Tenemos todos los necesarios para la construcción de una sociedad rica, feliz, liberal, de armonía, y de virtud, pero falta, decimos, introducir en ellos el orden.»

«Introducido, pues, por vosotros los que estais al frente de los pueblos! tratad de localizar la ciencia en las inteligencias personales; librado todo, la tierra, la industria, las máquinas, el crédito, etcétera, del monopolio en que ha caído; extendid la propiedad, generalizad los procedimientos y las invenciones nuevas; ensayad alguno de los mil sistemas que os proponen de producción y consumo; reconciliad los intereses opuestos; llevad á la práctica donde está la guerra, la armonía á donde está el desorden, promoved, fomentad las relaciones de productores y consumidoras, que hoy se buscan y no se encuentran; las relaciones de pueblo á pueblo; que todo el mundo participe de los placeres del arte, de los progresos de la industria, de las ventajas de la mecánica; dad buena dirección á esas falanges de sabios y de artistas, espuma del género humano; propagad la telegrafía eléctrica, los caminos de hierro, etc.; pronunciad, en fin, el *fatú* de las sociedades, y la humanidad bogará bien pronto.»

«Todo trabajo moderado es un ejercicio higiénico; conserva la salud y las fuerzas. Todo trabajo regular, coordinado y reflexivo, es un aprendizaje; instruye y adiestra. Aun cuando la obra que tiene por objeto debiera ser destruida al momento en que queda terminada, daría un provecho real al trabajador, á saber: la salud y la capacidad que habría conservado ó adquirido, las cuales son otras tantas fuerzas ó potencias reales.»

«Una tentativa que aborta, un ensayo que se frustra, no dan producto alguno al comercio; pero dejan una instrucción á su autor, y de ella, un día ú otro, saldrá tal vez algún fruto útil. El trabajo recrea; los ociosos son una carga para sí mismos, como para los demás. Nuestros juegos, parecidos á los de los niños, consisten en un trabajo variado y agradable por su misma fatiga. Como ejercicio gimnástico, la influencia del trabajo es bienhechora, cuando está contenida dentro de ciertos límites; cuando ejercida á la vez ó alternativamente diversos órganos, y más aún cuando los pone en acción con cierta armonía. Un trabajo que consiste en la repetición perpetua de un solo movimiento hace capaz sin duda de ejecutar ese movimiento con más facilidad y precisión; pero no ejerce una influencia favorable sobre el organismo entero: en esto el abuso está muy cerca del ejercicio, los inconvenientes cerca de las ventajas: todo depende de la medida, de la elección y de la combinación de movimientos. Bajo este aspecto ofrecen las diversas profesiones industriales una variedad infinita. Es imposible ocultar que la estrecha división del trabajo tiene generalmente por efecto, simplificando la operación confiada á cada agente, el condenar á éste á movimientos de una uniformidad más constante, esto es, á un género de ejercicio poco favorable al desarrollo armónico de los órganos. Las profesiones que permiten la locomoción tienen, para la conservación de la salud y de las fuerzas musculares, una superioridad marcada sobre las profesiones sedentarias; las que emplean la vista y las manos con preferencia á las fuerzas

INFLUENCIA HIGIÉNICA DE LA INDUSTRIA.

«Todo trabajo moderado es un ejercicio higiénico; conserva la salud y las fuerzas. Todo trabajo regular, coordinado y reflexivo, es un aprendizaje; instruye y adiestra. Aun cuando la obra que tiene por objeto debiera ser destruida al momento en que queda terminada, daría un provecho real al trabajador, á saber: la salud y la capacidad que habría conservado ó adquirido, las cuales son otras tantas fuerzas ó potencias reales.»

«Una tentativa que aborta, un ensayo que se frustra, no dan producto alguno al comercio; pero dejan una instrucción á su autor, y de ella, un día ú otro, saldrá tal vez algún fruto útil. El trabajo recrea; los ociosos son una carga para sí mismos, como para los demás. Nuestros juegos, parecidos á los de los niños, consisten en un trabajo variado y agradable por su misma fatiga. Como ejercicio gimnástico, la influencia del trabajo es bienhechora, cuando está contenida dentro de ciertos límites; cuando ejercida á la vez ó alternativamente diversos órganos, y más aún cuando los pone en acción con cierta armonía. Un trabajo que consiste en la repetición perpetua de un solo movimiento hace capaz sin duda de ejecutar ese movimiento con más facilidad y precisión; pero no ejerce una influencia favorable sobre el organismo entero: en esto el abuso está muy cerca del ejercicio, los inconvenientes cerca de las ventajas: todo depende de la medida, de la elección y de la combinación de movimientos. Bajo este aspecto ofrecen las diversas profesiones industriales una variedad infinita. Es imposible ocultar que la estrecha división del trabajo tiene generalmente por efecto, simplificando la operación confiada á cada agente, el condenar á éste á movimientos de una uniformidad más constante, esto es, á un género de ejercicio poco favorable al desarrollo armónico de los órganos. Las profesiones que permiten la locomoción tienen, para la conservación de la salud y de las fuerzas musculares, una superioridad marcada sobre las profesiones sedentarias; las que emplean la vista y las manos con preferencia á las fuerzas

musculares, comunican más destreza y ejercitan los órganos intelectuales; las que imponen una actividad violenta, en la que son difíciles la respiración y la circulación; las que condenan al obrero á permanecer sentado y encorvado, dejan tomar menos vuelo á las funciones de la vida; y alteran fácilmente la salud; los tejedores, los zapateros, los sastres suministran gran número de enfermos á nuestros hospitales y de indigentes á nuestras casas de beneficencia. Según los datos estadísticos obtenidos por M. Blach, miembro del Colegio médico de Londres, la duración media de la vida de los hiladores no es mas que de veintiseis años y dos meses, mientras que la de los soldados es de treinta y dos años y ocho meses. Los beneficios del aire y de la luz, esos dones que la naturaleza parece haber distribuido igualmente á todos los hombres, gacaso no son alterados con frecuencia por las condiciones del trabajo? Si unos están condenados á sufrir las intemperias de las estaciones, otros están encerrados, privados de los rayos del sol, y no respiran con frecuencia sino exhalaciones deletéreas: el tejedor está sepultado en un subterráneo; el vidriero vive cerca de un horno; el fabricante de cerveza, el pintor, los manipuladores de ciertos metales, respiran un polvo dañoso ó gases corrosivos; estos confinados en estrechos telares, aquellos acumulados en cuadradas cerradas, están privados de la renovación del aire. Se ha notado que la clase de tejedores, encadenados en los telares en una posición penosa, es la más enfermiza de todas. La condición débil y mortal de la humanidad siembra en todas partes el peligro bajo nuestros pies: la ociosidad tiene los suyos, aunque los males que acarrea obran de una manera lenta é invisible: la actividad los halla bajo todas las formas: el pescador, el marino se expone á la tempestad; el minero á las explosiones; el albañil á las caídas; tan pronto el jefe de la familia es atacado de enfermedades precoces y condenado á la impotencia para el trabajo, como la familia se ve privada de su jefe. La misma morada en los campos y las tranquilas ocupaciones del labrador, que parecen prometer todos los beneficios de la salud y una vida tan larga como apacible, no tienen acaso sus peligros? Los países pantanosos son teatro de una mortalidad más crecida la vida media de sus habitantes ha sido calculada: por Sause; y el doctor Prince en veintiseis años; por Condorcet en diez y ocho solamente. El otoño, tan saludable para el habitante de las ciudades, es la estación en que se manifiestan más enfermedades en la campiña. Los trabajos de la cosecha ocasionan excesivas fatigas ó accidentes; y en este género de vida está el hombre más expuesto á la intemperie. Muchas veces se ha comparado la mortalidad de las ciudades con la de los campos, y de esa comparación se ha deducido la consecuencia que la industria manufacturera, en general, es perjudicial á la salud del hombre; pero es preciso no olvidar que las ciudades ven perecer dentro de sus muros un número de individuos que no nacieran en ellas; es preciso no culpar á la industria por la influencia de un gran número de causas que le son extrañas, y que son dañosa á las ciudades populosas, como un aire menos saludable, y ocasiones más numerosas de excesos y desórdenes. ¿Acaso todas las fabricaciones están concentradas en las ciudades? Una porción notable, entre ellas las de tejidos, de hilados, la explotación de metales, y no preferen la morada de los campos, en donde están naturalmente situadas? La relación de la mortalidad de las ciudades con la de los campos, no proporciona una base tan positiva como se supone por las inducciones. Querer establecer sobre la influencia higiénica de la industria reglas de una absoluta generalidad, es violentar la naturaleza de las cosas; no hay en esto ley alguna universal, ni á favor de los trabajos agrícolas, ni contra los trabajos de fabricación: los inconvenientes á los cuales exponen unos y otros la salud de los hombres, están subordinados á circunstancias diversas, que se modifican según las especies particulares de trabajos y las circunstancias locales; cada ramo de industria tiene sus víctimas, y su número varía según las condiciones que la acompañan. Ciertas precauciones, un buen régimen y pronto auxilios pueden disminuir esos inconvenientes de los obreros se aprovechará tanto mejor de esos preservativos y de esos remedios, cuanto goce de una mayor comodidad y cuanto sea más y mejor instruido, y se aprovechará de ellos más fácilmente en las ciudades; será guiado por consejos más sábios y más pronto y eficazmente asistido. Según que su condición se mejora y se eleva, puede procurarse ciertos desahogos y pasatiempos y reparar de este modo lo que los hábitos de su profesión pueden tener de funesto. A medida que la civilización adelanta, está rodeado el obrero de una protección más saludable; así los progresos de la misma industria tienden á reparar los males físicos que sus operaciones acarrearán.

«El río estaban aún medio velados por una media oscuridad. Suavemente llevada por la corriente del río, Magdalena vió ocultarse gradualmente á su vista el molino envuelto entre la niebla que se levantaba del fondo de la Durrole, y sólo distinguía todavía algunos instantes los grandes árboles del jardín. En el momento en que los contornos de la isla desaparecían de sus ojos, un ligero sacudimiento de la barquilla la advirtió de que ésta acababa de tocar en el desembarcadero. Salieron entonces de su estupro, saltó sobre los peñascos, y llegó muy pronto á la margen derecha del río, tomandolo en seguida, y sin volver la cabeza, el camino de Selles, por el cual siguió andando mucho tiempo como si la impeliese un destino fatal. Por último, sintiendo que la faltaban las fuerzas para llegar de un tirón á casa de la tía de su padre, como se había propuesto, dejó el camino y se metió en un espeso maizal, en el cual dió algunos pasos, y cuando ya estuvo enteramente oculta por los altos tallos de las cañas de maiz y la espesura de la yerba, se dejó caer al suelo. Había llegado su ánimo, fatigado por la continuación y la fuerza del dolor, á aquel punto de perturbación mental en que el alma pierde la conciencia de sus sensaciones; porque si es cierto que nuestros placeres tienen un límite, lo tienen también nuestros sufrimientos. Aquella era la segunda noche que Magdalena había pasado sin dormir. La naturaleza recobró sus derechos, y reclinando el cuerpo sobre la blanca yerba, pronto se sintió alargada, y un sueño profundo y reparador vino por último á poner un término momentáneo á sus tormentos.»

«El río estaban aún medio velados por una media oscuridad. Suavemente llevada por la corriente del río, Magdalena vió ocultarse gradualmente á su vista el molino envuelto entre la niebla que se levantaba del fondo de la Durrole, y sólo distinguía todavía algunos instantes los grandes árboles del jardín. En el momento en que los contornos de la isla desaparecían de sus ojos, un ligero sacudimiento de la barquilla la advirtió de que ésta acababa de tocar en el desembarcadero. Salieron entonces de su estupro, saltó sobre los peñascos, y llegó muy pronto á la margen derecha del río, tomandolo en seguida, y sin volver la cabeza, el camino de Selles, por el cual siguió andando mucho tiempo como si la impeliese un destino fatal. Por último, sintiendo que la faltaban las fuerzas para llegar de un tirón á casa de la tía de su padre, como se había propuesto, dejó el camino y se metió en un espeso maizal, en el cual dió algunos pasos, y cuando ya estuvo enteramente oculta por los altos tallos de las cañas de maiz y la espesura de la yerba, se dejó caer al suelo. Había llegado su ánimo, fatigado por la continuación y la fuerza del dolor, á aquel punto de perturbación mental en que el alma pierde la conciencia de sus sensaciones; porque si es cierto que nuestros placeres tienen un límite, lo tienen también nuestros sufrimientos. Aquella era la segunda noche que Magdalena había pasado sin dormir. La naturaleza recobró sus derechos, y reclinando el cuerpo sobre la blanca yerba, pronto se sintió alargada, y un sueño profundo y reparador vino por último á poner un término momentáneo á sus tormentos.»

«El río estaban aún medio velados por una media oscuridad. Suavemente llevada por la corriente del río, Magdalena vió ocultarse gradualmente á su vista el molino envuelto entre la niebla que se levantaba del fondo de la Durrole, y sólo distinguía todavía algunos instantes los grandes árboles del jardín. En el momento en que los contornos de la isla desaparecían de sus ojos, un ligero sacudimiento de la barquilla la advirtió de que ésta acababa de tocar en el desembarcadero. Salieron entonces de su estupro, saltó sobre los peñascos, y llegó muy pronto á la margen derecha del río, tomandolo en seguida, y sin volver la cabeza, el camino de Selles, por el cual siguió andando mucho tiempo como si la impeliese un destino fatal. Por último, sintiendo que la faltaban las fuerzas para llegar de un tirón á casa de la tía de su padre, como se había propuesto, dejó el camino y se metió en un espeso maizal, en el cual dió algunos pasos, y cuando ya estuvo enteramente oculta por los altos tallos de las cañas de maiz y la espesura de la yerba, se dejó caer al suelo. Había llegado su ánimo, fatigado por la continuación y la fuerza del dolor, á aquel punto de perturbación mental en que el alma pierde la conciencia de sus sensaciones; porque si es cierto que nuestros placeres tienen un límite, lo tienen también nuestros sufrimientos. Aquella era la segunda noche que Magdalena había pasado sin dormir. La naturaleza recobró sus derechos, y reclinando el cuerpo sobre la blanca yerba, pronto se sintió alargada, y un sueño profundo y reparador vino por último á poner un término momentáneo á sus tormentos.»

«El río estaban aún medio velados por una media oscuridad. Suavemente llevada por la corriente del río, Magdalena vió ocultarse gradualmente á su vista el molino envuelto entre la niebla que se levantaba del fondo de la Durrole, y sólo distinguía todavía algunos instantes los grandes árboles del jardín. En el momento en que los contornos de la isla desaparecían de sus ojos, un ligero sacudimiento de la barquilla la advirtió de que ésta acababa de tocar en el desembarcadero. Salieron entonces de su estupro, saltó sobre los peñascos, y llegó muy pronto á la margen derecha del río, tomandolo en seguida, y sin volver la cabeza, el camino de Selles, por el cual siguió andando mucho tiempo como si la impeliese un destino fatal. Por último, sintiendo que la faltaban las fuerzas para llegar de un tirón á casa de la tía de su padre, como se había propuesto, dejó el camino y se metió en un espeso maizal, en el cual dió algunos pasos, y cuando ya estuvo enteramente oculta por los altos tallos de las cañas de maiz y la espesura de la yerba, se dejó caer al suelo. Había llegado su ánimo, fatigado por la continuación y la fuerza del dolor, á aquel punto de perturbación mental en que el alma pierde la conciencia de sus sensaciones; porque si es cierto que nuestros placeres tienen un límite, lo tienen también nuestros sufrimientos. Aquella era la segunda noche que Magdalena había pasado sin dormir. La naturaleza recobró sus derechos, y reclinando el cuerpo sobre la blanca yerba, pronto se sintió alargada, y un sueño profundo y reparador vino por último á poner un término momentáneo á sus tormentos.»

«El río estaban aún medio velados por una media oscuridad. Suavemente llevada por la corriente del río, Magdalena vió ocultarse gradualmente á su vista el molino envuelto entre la niebla que se levantaba del fondo de la Durrole, y sólo distinguía todavía algunos instantes los grandes árboles del jardín. En el momento en que los contornos de la isla desaparecían de sus ojos, un ligero sacudimiento de la barquilla la advirtió de que ésta acababa de tocar en el desembarcadero. Salieron entonces de su estupro, saltó sobre los peñascos, y llegó muy pronto á la margen derecha del río, tomandolo en seguida, y sin volver la cabeza, el camino de Selles, por el cual siguió andando mucho tiempo como si la impeliese un destino fatal. Por último, sintiendo que la faltaban las fuerzas para llegar de un tirón á casa de la tía de su padre, como se había propuesto, dejó el camino y se metió en un espeso maizal, en el cual dió algunos pasos, y cuando ya estuvo enteramente oculta por los altos tallos de las cañas de maiz y la espesura de la yerba, se dejó caer al suelo. Había llegado su ánimo, fatigado por la continuación y la fuerza del dolor, á aquel punto de perturbación mental en que el alma pierde la conciencia de sus sensaciones; porque si es cierto que nuestros placeres tienen un límite, lo tienen también nuestros sufrimientos. Aquella era la segunda noche que Magdalena había pasado sin dormir. La naturaleza recobró sus derechos, y reclinando el cuerpo sobre la blanca yerba, pronto se sintió alargada, y un sueño profundo y reparador vino por último á poner un término momentáneo á sus tormentos.»

«El río estaban aún medio velados por una media oscuridad. Suavemente llevada por la corriente del río, Magdalena vió ocultarse gradualmente á su vista el molino envuelto entre la niebla que se levantaba del fondo de la Durrole, y sólo distinguía todavía algunos instantes los grandes árboles del jardín. En el momento en que los contornos de la isla desaparecían de sus ojos, un ligero sacudimiento de la barquilla la advirtió de que ésta acababa de tocar en el desembarcadero. Salieron entonces de su estupro, saltó sobre los peñascos, y llegó muy pronto á la margen derecha del río, tomandolo en seguida, y sin volver la cabeza, el camino de Selles, por el cual siguió andando mucho tiempo como si la impeliese un destino fatal. Por último, sintiendo que la faltaban las fuerzas para llegar de un tirón á casa de la tía de su padre, como se había propuesto, dejó el camino y se metió en un espeso maizal, en el cual dió algunos pasos, y cuando ya estuvo enteramente oculta por los altos tallos de las cañas de maiz y la espesura de la yerba, se dejó caer al suelo. Había llegado su ánimo, fatigado por la continuación y la fuerza del dolor, á aquel punto de perturbación mental en que el alma pierde la conciencia de sus sensaciones; porque si es cierto que nuestros placeres tienen un límite, lo tienen también nuestros sufrimientos. Aquella era la segunda noche que Magdalena había pasado sin dormir. La naturaleza recobró sus derechos, y reclinando el cuerpo sobre la blanca yerba, pronto se sintió alargada, y un sueño profundo y reparador vino por último á poner un término momentáneo á sus tormentos.»

«El río estaban aún medio velados por una media oscuridad. Suavemente llevada por la corriente del río, Magdalena vió ocultarse gradualmente á su vista el molino envuelto entre la niebla que se levantaba del fondo de la Durrole, y sólo distinguía todavía algunos instantes los grandes árboles del jardín. En el momento en que los contornos de la isla desaparecían de sus ojos, un ligero sacudimiento de la barquilla la advirtió de que ésta acababa de tocar en el desembarcadero. Salieron entonces de su estupro, saltó sobre los peñascos, y llegó muy pronto á la margen derecha del río, tomandolo en seguida, y sin volver la cabeza, el camino de Selles, por el cual siguió andando mucho tiempo como si la impeliese un destino fatal. Por último, sintiendo que la faltaban las fuerzas para llegar de un tirón á casa de la tía de su padre, como se había propuesto, dejó el camino y se metió en un espeso maizal, en el cual dió algunos pasos, y cuando ya estuvo enteramente oculta por los altos tallos de las cañas de maiz y la espesura de la yerba, se dejó caer al suelo. Había llegado su ánimo, fatigado por la continuación y la fuerza del dolor, á aquel punto de perturbación mental en que el alma pierde la conciencia de sus sensaciones; porque si es cierto que nuestros placeres tienen un límite, lo tienen también nuestros sufrimientos. Aquella era la segunda noche que Magdalena había pasado sin dormir. La naturaleza recobró sus derechos, y reclinando el cuerpo sobre la blanca yerba, pronto se sintió alargada, y un sueño profundo y reparador vino por último á poner un término momentáneo á sus tormentos.»

«El río estaban aún medio velados por una media oscuridad. Suavemente llevada por la corriente del río, Magdalena vió ocultarse gradualmente á su vista el molino envuelto entre la niebla que se levantaba del fondo de la Durrole, y sólo distinguía todavía algunos instantes los grandes árboles del jardín. En el momento en que los contornos de la isla desaparecían de sus ojos, un ligero sacudimiento de la barquilla la advirtió de que ésta acababa de tocar en el desembarcadero. Salieron entonces de su estupro, saltó sobre los peñascos, y llegó muy pronto á la margen derecha del río, tomandolo en seguida, y sin volver la cabeza, el camino de Selles, por el cual siguió andando mucho tiempo como si la impeliese un destino fatal. Por último, sintiendo que la faltaban las fuerzas para llegar de un tirón á casa de la tía de su padre, como se había propuesto, dejó el camino y se metió en un espeso maizal, en el cual dió algunos pasos, y cuando ya estuvo enteramente oculta por los altos tallos de las cañas de maiz y la espesura de la yerba, se dejó caer al suelo. Había llegado su ánimo, fatigado por la continuación y la fuerza del dolor, á aquel punto de perturbación mental en que el alma pierde la conciencia de sus sensaciones; porque si es cierto que nuestros placeres tienen un límite, lo tienen también nuestros sufrimientos. Aquella era la segunda noche que Magdalena había pasado sin dormir. La naturaleza recobró sus derechos, y reclinando el cuerpo sobre la blanca yerba, pronto se sintió alargada, y un sueño profundo y reparador vino por último á poner un término momentáneo á sus tormentos.»

«El río estaban aún medio velados por una media oscuridad. Suavemente llevada por la corriente del río, Magdalena vió ocultarse gradualmente á su vista el molino envuelto entre la niebla que se levantaba del fondo de la Durrole, y sólo distinguía todavía algunos instantes los grandes árboles del jardín. En el momento en que los contornos de la isla desaparecían de sus ojos, un ligero sacudimiento de la barquilla la advirtió de que ésta acababa de tocar en el desembarcadero. Salieron entonces de su estupro, saltó sobre los peñascos, y llegó muy pronto á la margen derecha del río, tomandolo en seguida, y sin volver la cabeza, el camino de Selles, por el cual siguió andando mucho tiempo como si la impeliese un destino fatal. Por último, sintiendo que la faltaban las fuerzas para llegar de un tirón á casa de la tía de su padre, como se había propuesto, dejó el camino y se metió en un espeso maizal, en el cual dió algunos pasos, y cuando ya estuvo enteramente oculta por los altos tallos de las cañas de maiz y la espesura de la yerba, se dejó caer al suelo. Había llegado su ánimo, fatigado por la continuación y la fuerza del dolor, á aquel punto de perturbación mental en que el alma pierde la conciencia de sus sensaciones; porque si es cierto que nuestros placeres tienen un límite, lo tienen también nuestros sufrimientos. Aquella era la segunda noche que Magdalena había pasado sin dormir. La naturaleza recobró sus derechos, y reclinando el cuerpo sobre la blanca yerba, pronto se sintió alargada, y un sueño profundo y reparador vino por último á poner un término momentáneo á sus tormentos.»

«El río estaban aún medio velados por una media oscuridad. Suavemente llevada por la corriente del río, Magdalena vió ocultarse gradualmente á su vista el molino envuelto entre la niebla que se levantaba del fondo de la Durrole, y sólo distinguía todavía algunos instantes los grandes árboles del jardín. En el momento en que los contornos de la isla desaparecían de sus ojos, un ligero sacudimiento de la barquilla la advirtió de que ésta acababa de tocar en el desembarcadero. Salieron entonces de su estupro, saltó sobre los peñascos, y llegó muy pronto á la margen derecha del río, tomandolo en seguida, y sin volver la cabeza, el camino de Selles, por el cual siguió andando mucho tiempo como si la impeliese un destino fatal. Por último, sintiendo que la faltaban las fuerzas para llegar de un tirón á casa de la tía de su padre, como se había propuesto, dejó el camino y se metió en un espeso maizal, en el cual dió algunos pasos, y cuando ya estuvo enteramente oculta por los altos tallos de las cañas de maiz y la espesura de la yerba, se dejó caer al suelo. Había llegado su ánimo, fatigado por la continuación y la fuerza del dolor, á aquel punto de perturbación mental en que el alma pierde la conciencia de sus sensaciones; porque si es cierto que nuestros placeres tienen un límite, lo tienen también nuestros sufrimientos. Aquella era la segunda noche que Magdalena había pasado sin dormir. La naturaleza recobró sus derechos, y reclinando el cuerpo sobre la blanca yerba, pronto se sintió alargada, y un sueño profundo y reparador vino por último á poner un término momentáneo á sus tormentos.»

«El río estaban aún medio velados por una media oscuridad. Suavemente llevada por la corriente del río, Magdalena vió ocultarse gradualmente á su vista el molino envuelto entre la niebla que se levantaba del fondo de la Durrole, y sólo distinguía todavía algunos instantes los grandes árboles del jardín. En el momento en que los contornos de la isla desaparecían de sus ojos, un ligero sacudimiento de la barquilla la advirtió de que ésta acababa de tocar en el desembarcadero. Salieron entonces de su estupro, saltó sobre los peñascos, y llegó muy pronto á la margen derecha del río, tomandolo en seguida, y sin volver la cabeza, el camino de Selles, por el cual siguió andando mucho tiempo como si la impeliese un destino fatal. Por último, sintiendo que la faltaban las fuerzas para llegar de un tirón á casa de la tía de su padre, como se había propuesto, dejó el camino y se metió en un espeso maizal, en el cual dió algunos pasos, y cuando ya estuvo enteramente oculta por los altos tallos de las cañas de maiz y la espesura de la yerba, se dejó caer al suelo. Había llegado su ánimo, fatigado por la continuación y la fuerza del dolor, á aquel punto de perturbación mental en que el alma pierde la conciencia de sus sensaciones; porque si es cierto que nuestros placeres tienen un límite, lo tienen también nuestros sufrimientos. Aquella era la segunda noche que Magdalena había pasado sin dormir. La naturaleza recobró sus derechos, y reclinando el cuerpo sobre la blanca yerba, pronto se sintió alargada, y un sueño profundo y reparador vino por último á poner un término momentáneo á sus tormentos.»

«El río estaban aún medio velados por una media oscuridad. Suavemente llevada por la corriente del río, Magdalena vió ocultarse gradualmente á su vista el molino envuelto entre la niebla que se levantaba del fondo de la Durrole, y sólo distinguía todavía algunos instantes los grandes árboles del jardín. En el momento en que los contornos de la isla desaparecían de sus ojos, un ligero sacudimiento de la barquilla la advirtió de que ésta acababa de tocar en el desembarcadero. Salieron entonces de su estupro, saltó sobre los peñascos, y llegó muy pronto á la margen derecha del río, tomandolo en seguida, y sin volver la cabeza, el camino de Selles, por el cual siguió andando mucho tiempo como si la impeliese un destino fatal. Por último, sintiendo que la faltaban las fuerzas para llegar de un tirón á casa de la tía de su padre, como se había propuesto, dejó el camino y se metió en un espeso maizal, en el cual dió algunos pasos, y cuando ya estuvo enteramente oculta por los altos tallos de las cañas de maiz y la espesura de la yerba, se dejó caer al suelo. Había llegado su ánimo, fatigado por la continuación y la fuerza del dolor, á aquel punto de perturbación mental en que el alma pierde la conciencia de sus sensaciones; porque si es cierto que nuestros placeres tienen un límite, lo tienen también nuestros sufrimientos. Aquella era la segunda noche que Magdalena había pasado sin dormir. La naturaleza recobró sus derechos, y reclinando el cuerpo sobre la blanca yerba, pronto se sintió alargada, y un sueño profundo y reparador vino por último á poner un término momentáneo á sus tormentos.»

«El río estaban aún medio velados por una media oscuridad. Suavemente llevada por la corriente del río, Magdalena vió ocultarse gradualmente á su vista el molino envuelto entre la niebla que se levantaba del fondo de la Durrole, y sólo distinguía todavía algunos instantes los grandes árboles del jardín. En el momento en que los contornos de la isla desaparecían de sus ojos, un ligero sacudimiento de la barquilla la advirtió de que ésta acababa de tocar en el desembarcadero. Salieron entonces de su estupro, saltó sobre los peñascos, y llegó muy pronto á la margen derecha del río, tomandolo en seguida, y sin volver la cabeza, el camino de Selles, por el cual siguió andando mucho tiempo como si la impeliese un destino fatal. Por último, sintiendo que la faltaban las fuerzas para llegar de un tirón á casa de la tía de su padre, como se había propuesto, dejó el camino y se metió en un espeso maizal, en el cual dió algunos pasos, y cuando ya estuvo enteramente oculta por los altos tallos de las cañas de maiz y la espesura de la yerba, se dejó caer al suelo. Había llegado su ánimo, fatigado por la continuación y la fuerza del dolor, á aquel punto de perturbación mental en que el alma pierde la conciencia de sus sensaciones; porque si es cierto que nuestros placeres tienen un límite, lo tienen también nuestros sufrimientos. Aquella era la segunda noche que Magdalena había pasado sin dormir. La naturaleza recobró sus derechos, y reclinando el cuerpo sobre la blanca yerba, pronto se sintió alargada, y un sueño profundo y reparador vino por último á poner un término momentáneo á sus tormentos.»

«El río estaban aún medio velados por una media oscuridad. Suavemente llevada por la corriente del río, Magdalena vió ocultarse gradualmente á su vista el molino envuelto entre la niebla que se levantaba del fondo de la Durrole, y sólo distinguía todavía algunos instantes los grandes árboles del jardín. En el momento en que los contornos de la isla desaparecían de sus ojos, un ligero sacudimiento de la barquilla la advirtió de que ésta acababa de tocar en el desembarcadero. Salieron entonces de su estupro, saltó sobre los peñascos, y llegó muy pronto á la margen derecha del río, tomandolo en seguida, y sin volver la cabeza, el camino de Selles, por el cual siguió andando mucho tiempo como si la impeliese un destino fatal. Por último, sintiendo que la faltaban las fuerzas para llegar de un tirón á casa de la tía de su padre, como se había propuesto, dejó el camino y se metió en un espeso maizal, en el cual dió algunos pasos, y cuando ya estuvo enteramente oculta por los altos tallos de las cañas de maiz y la espesura de la yerba, se dejó caer al suelo. Había llegado su ánimo, fatigado por la continuación y la fuerza del dolor, á aquel punto de perturbación mental en que el alma pierde la conciencia de sus sensaciones; porque si es cierto que nuestros placeres tienen un límite, lo tienen también nuestros sufrimientos. Aquella era la segunda noche que Magdalena había pasado sin dormir. La naturaleza recobró sus derechos, y reclinando el cuerpo sobre la blanca yerba, pronto se sintió alargada, y un sueño profundo y reparador vino por último á poner un término momentáneo á sus tormentos.»

«El río estaban aún medio velados por una media oscuridad. Suavemente llevada por la corriente del río, Magdalena vió ocultarse gradualmente á su vista el molino envuelto entre la niebla que se levantaba del fondo de la Durrole, y sólo distinguía todavía algunos instantes los grandes árboles del jardín. En el momento en que los contornos de la isla desaparecían de sus ojos, un ligero sacudimiento de la barquilla la advirtió de que ésta acababa de tocar en el desembarcadero. Salieron entonces de su estupro, saltó sobre los peñascos, y llegó muy pronto á la margen derecha del río, tomandolo en seguida, y sin volver la cabeza, el camino de Selles, por el cual siguió andando mucho tiempo como si la impeliese un destino fatal. Por último, sintiendo que la faltaban las fuerzas para llegar de un tirón á casa de la tía de su padre, como se había propuesto, dejó el camino y se metió en un espeso maizal, en el cual dió algunos pasos, y cuando ya estuvo enteramente oculta por los altos tallos de las cañas de maiz y la espesura de la yerba, se dejó caer al suelo. Había llegado su ánimo, fatigado por la continuación y la fuerza del dolor, á aquel punto de perturbación mental en que el alma pierde la conciencia de sus sensaciones; porque si es cierto que nuestros placeres tienen un límite, lo tienen también nuestros sufrimientos. Aquella era la segunda noche que Magdalena había pasado sin dormir. La naturaleza recobró sus derechos, y reclinando el cuerpo sobre la blanca yerba, pronto se sintió alargada, y un sueño profundo y reparador vino por último á poner un término momentáneo á sus tormentos.»

«El río estaban aún medio velados por una media oscuridad. Suavemente llevada por la corriente del río, Magdalena vió ocultarse gradualmente á su vista el molino envuelto entre la niebla que se levantaba del fondo de la Durrole, y sólo distinguía todavía algunos instantes los grandes árboles del jardín. En el momento en que los contornos de la isla desaparecían de sus ojos, un ligero sacudimiento de la barquilla la advirtió de que ésta acababa de tocar en el desembarcadero. Salieron entonces de su estupro, saltó sobre los peñascos, y llegó muy pronto á la margen derecha del río, tomandolo en seguida, y sin volver la cabeza, el camino de Selles, por el cual siguió andando mucho tiempo como si la impeliese un destino fatal. Por último, sintiendo que la faltaban las fuerzas para llegar de un tirón á casa de la tía de su padre, como se había propuesto, dejó el camino y se metió en un espeso maizal, en el cual dió algunos pasos, y cuando ya estuvo enteramente oculta por los altos tallos de las cañas de maiz y la espesura de la yerba, se dejó caer al suelo. Había llegado su ánimo, fatigado por la continuación y la fuerza del dolor, á aquel punto de perturbación mental en que el alma pierde la conciencia de sus sensaciones; porque si es cierto que nuestros placeres tienen un límite, lo tienen también nuestros sufrimientos. Aquella era la segunda noche que Magdalena había pasado sin dormir. La naturaleza recobró sus derechos, y reclinando el cuerpo sobre la blanca yerba, pronto se sintió alargada, y un sueño profundo y reparador vino por último á poner un término momentáneo á sus tormentos.»

